



A muchos no les importa que nos desnacionalicemos prefieren que nuestras ciudades se parezcan a otras que nada tienen que ver con nuestra cultura ni nuestras tradiciones. Esta vista de Miraflores podría confundirse con cualquier rincón californiano.

EL LABERINTO Y EL HILO

DEMOLICION, DESNACIONALIZACION

Escribe SEBASTIAN SALAZAR BONDY

ES curioso comprobar cuán hábiles son los idólatras del inmemorial becerro de oro para justificar un acto reprochable cometido en holocausto de su torpe fe con la rabulería y el papeleo pseudo-histórico. ¿Y a quién diablos —me pregunto— le interesa si la bella casa de la esquina de Arequipa y Pardo no fue la residencia de Necochea, cuando lo que se reprocha a los demoleedores es haber derribado, entre gallos y medianoche, una obra arquitectónica valiosa por sí, no por su carácter documental, ni por sus pergaminos, ni por su relación con tal o cual suceso del pasado? Tal vez los autores de la destrucción piensen que Versalles es conservado sólo porque ahí anduvieron los luises o que la importancia del Escorial radica en que ahí estuvo Felipe II en su soledad umbrosa. Guardadas las distancias entre los dos grandes ejemplos y el caso de la casona de Miraflores desaparecida, si se demostrara entonces que en los dos ilustres monumentos mencionados no hubo tales huéspedes bien valdría tirarlos abajo en homenaje a la plusvalía del terreno y al pingüe negocio que su venta significaría. La falacia queda al descubierto y se distingue por ella fácilmente cómo se trata de disimular un hecho mercantil tras los prestigios del debate académico.

Haya o no vivido en el edificio demolido el prócer, los que contra las disposiciones municipales y contra la opinión general le robaron a la ciudad esa esquina armoniosa, esa esquina que daba la poca atmósfera de autenticidad que lucía el "cocacolesco" conjunto de semi-rascacielos, fuente policroma y avisos luminosos, resultan elementos nocivos para la comunidad y prueban una vez más que sólo el gobierno (el gobierno municipal, en este particular caso) que trace un plan y lo lleve a cabo con energía y autoridad puede defender al país de la ola de ambición, enriquecimiento y egoísmo que lo invade, la cual, además, tiene ese envés trágico que es la miseria galopante, imposible ya, en realidad, de ocultar. Considérese que al lanzar el "bull-dozer" contra las paredes de la casona, se lo lanzaba contra un valor que, ahí, formaba parte de nuestra cultura. No era una vejez sino una antigüedad. No era tampoco una finca como tantas otras sino una singular muestra arquitectónica. No era ya —sino en un cierto sentido legal— propiedad de una familia sino patrimonio de Miraflores y la ciudad entera. En último término, al echarla abajo se consumó un paso más de desnacionalización.

Y es de esto de lo que quiero aquí hablar. No hay nada hoy en Lima, en su aspecto exterior por lo menos, más cosmopolita —y, por ende, menos peruano— que el perfil urbano del parque de Miraflores. Generalmente las gentes vanas se llenan la boca aludiendo al parecido que esa zona tiene con no sé qué parte de California, pero eso en vez de regocijarnos debiera sumirnos en un pozo de reflexiones. Porque somos un país con personalidad y cuando nuestras calles y nuestras casas comienzan a ser las de cualquier otro país —especialmente si ese cualquier otro país apenas si tiene rasgo propio destacable— es que nosotros mismos estamos vaciándonos interiormente, perdiendo toda relación con nuestro destino. ¿Qué pasaría —me pregunto asediándome— si de pronto se dijera que Sevilla, o Atenas, o Venecia, o México, cada día se parecen más a Miami? La caída de la casona de Arequipa y Pardo es un paso más de la conversión de Miraflores en una muestra de la pérdida de la nacionalidad y sus signos —uno de ellos el ambiente urbano, verdadera caligrafía de un pueblo— de que sufre el Perú. Es preciso pensar en esto porque una de las formas que adopta nuestra crisis es multitudinaria emergencia que lo afirma al paso que asciende.

Que en vez de la residencia de aire romántico mañana relumbre en su lugar un edificio standardizado para algunos será evidencia de progreso. En último término, no lo es, no sólo porque el edificio —que reemplazara a la antigua obra arquitectónica— será expresión únicamente de un buen negocio de muy pocos, sino porque habrá negado con su inocuidad, con su vanidad de objeto ostentoso en medio de la pobreza, con su impersonalidad de obra de afortunados remediadores, nuestra verdad, pequeña si se quiere, pero verdad sin refutación, al fin y al cabo.